

CUADRANTE



PREITOS E REVOLTAS NA GALICIA DE VALLE-INCLÁN

APROXIMACIÓN AL CARLISMO EN O SALNÉS,
DURANTE LA 1ª GUERRA CARLISTA (1834-1840)

EPISTOLARIO ENTRE VALLE-INCLÁN Y TANIS DE LA RIVA

LA TERRIBLE INFANCIA DE VALLE

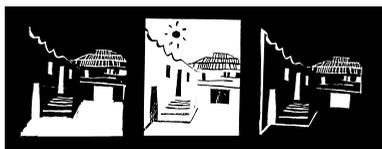
Nº 5

Os Amigos
Valle-Inclán.

Vilanova de Arousa



CUADRANTE



Revista cultural da
“Asociación Amigos de Valle-Inclán”

PREITOS E REVOLTAS NA GALICIA DE VALLE-INCLÁN

*APROXIMACIÓN AL CARLISMO EN O SALNÉS,
DURANTE LA 1ª GUERRA CARLISTA (1834-1840)*

EPISTOLARIO ENTRE VALLE-INCLÁN Y TANIS DE LA RIVA

LA TERRIBLE INFANCIA DE VALLE

Amigos
Valle-Inclán.

Vilanova de Arousa

CUADRANTE

CASA DA CULTURA, VILANOVA DE AROUSA.

APARTADO DE CORREOS Nº 66

Xullo 2002

Director:

Gonzalo Allegue

Subdirector:

Francisco X. Charlín Pérez

Consello de Redacción:

Xosé Luis Axeitos

Víctor Viana

Ramón Martínez Paz

Xaquín Núñez Sabarís

Xosé Lois Vila Fariña

Ramón Torrado

Xestión e administración:

Pablo Ventoso Padín

Ángel Varela Señoráns

Ilustracións:

Eugenio de la Iglesia (*Encabezamento de capítulos*)

Imprime:

Gráficas Salnés, S.L.

Dép. Legal: PO-4/2000

I.S.B.N.: 84-87709-99-0

SUMARIO:

Francisco Xavier Charlín Pérez

“Preitos e revoltas na Galicia de Valle-Inclán”pax. 5

Santiago Padín Riveiro

“Aproximación al carlismo en O Salnés durante la 1ª Guerra Carlista (1834-1840)”pax. 37

Victor Viana y Ramón Torrado

“Epistolario entre Valle-Inclán y Tanis de la Riva”pax. 50

TEXTOS RECUPERADOS

E. Correa Calderón

“La terrible infancia de Valle”pax. 65

Cuadrante non manterá correspondencia sobre orixinais recibidos e non solicitados.

A responsabilidade das opinións vertidas pertence exclusivamente ós autores o mesmo que o respecto á propiedade intelectual, recaíndo sobre eles calquera acción xudicial no caso de producirse plaxio.

Textos, Recuperados

Cuadrante recupera un texto escrito por Correa Calderón para a Revista de Occidente, que en 1966 adicou un número extraordinario á figura de Valle-Inclán con motivo do centenario do nacemento do escritor.

Naturalmente os estudos biobibliográficos sobre don Ramón –tal e como o mesmo Correa pedía no seu traballo– teñen adiantado moito dende aquelas datas. Se hoxe resgatamos este texto é fundamentalmente por dous motivos: primeiro pola poderosa evocación que o autor fai da ría de Arousa e do val do Salnés, fontes primixenias da inspiración de Valle-Inclán, quen se sinte “él mismo parte integrante de la tierra fecunda, nacido, de ella”; segundo, polo paralelismo literario, aínda hoxe non ben dilucidado entre Valle e o seu irmán Carlos, nado en 1865 na rúa do Priorato, de Vilanova de Arousa, e autor de Escenas Gallegas, libro onde se prefiguraran moitos dos motivos que desenvolverá maxistralmente don Ramón. Polo demáis o, por moitos motivos, fermoso traballo de Correa adoece aínda da tópica confusión “literatura-vida”, como foi habitual nos primeiros estudiosos e admiradores de don Ramón, tendencia que hoxe empeza a remitir.

LA TERRIBLE INFANCIA DE VALLE

E. Correa Calderón

Según se sale de Villagarcía, ciudad marítima y comercial, flanqueada de pazos señoriales, hacia la hidalga villa de Cambados, comenzamos a perder la visión azul del mar para introducirnos en un paisaje eglógico de maizales, vides y bosquetes de pinos, pero, a medio camino, como a cosa de una legua y a derecha mano, en el lugar de Caleiro, una carretera desvía hacia el mar y después de un corto trayecto de 2 km. conduce a un pueblecito marino, tranquilo, silencioso, lleno de encanto: Villanueva de Arosa.

No hay razón que valga para que este pequeño pueblo esté tan en olvido. Nada tan bello como la marina que desde allí es dado contemplar. Mirándose en el espejo verde, azul, cambiante, de la ría de Arosa –uno de los más hermosos paisajes del mundo, sin hipérbole– se divisan enfrente el florón verde de la isla de Arosa y varios burgos marineros –Rianjo, Cabo de Cruz, Escarabote, Boiro, Puebla del Caramiñal– recostados en la ribera, y al fondo el lomo oscuro del monte de Barbanza. Y si todavía subís a lo alto, al lugar conocido por Campanario Viejo, aún veréis en la margen opuesta de este mar interno, detrás de la isla que los encubre, los puertos de Palmeira y Santa Eugenia de Ribeira, la lejana isla de Sálvora y la punta de San Vicente, proa que enfila el mar abierto.

De igual manera, la costa en que Villanueva se asienta es de una hermosura sorprendente. De un lado, la extensa playa de las Sinas, bordeada de densos pinares; de otro, las solitarias playas del Terrón, de Posta, de Con da Mina, de Rebandeira, de las Carballas, de Rego, de Bote, medias lunas de blanca arena, cercadas por una vegetación exuberante, que se unen a las de Tragove, ya próximas a Cambados, cantadas por Cabanillas: “¡Pinal de Tragove...!”; al fondo, el paradisíaco valle del Salnés, con remiendos de tiernos y jugosos verdes de múltiples matices, cerrado a lo lejos por los montes de Xiabre y Lobeira.¹

La misma Villanueva resulta un núcleo urbano abigarrado y pintoresco: pequeñas casas de marineros y labrantines, blancas o de gris mampostería; algunas fábricas de conservas con su pretenciosa chimenea, barcas multicolores que se mecen en las aguas del muelle, y esparcidos por sus estrechas calles pequeños

¹ Nadie reconocería hoy este paisaje, tan cálidamente descrito por Correa Calderón. La brutal agresión ambiental en forma de espigones, rellenos, edificaciones innecesarias, etc, han borrado del mapa “una de las marinas más hermosas del mundo”. Por increíble que parezca, tampoco existe ya la posibilidad de ver nada desde el Campanario Viejo: unos bloques de pisos, levantados a escasos metros de él, han cegado el paisaje para siempre. (Nota del Editor)

pazos, con su escalera exterior y su patín de piedra labrada, que denotan un antiguo señorío.

En uno de ellos, llamado del Cuadrante, en la calle del Priorato, quizá el de mejor traza y apariencia, encubierto el lado norte de hiedra variegata, con su carcomido escudo en la fachada, rodeado de huerto murado, del que desborda la fronda de un gigantesco magnolio, que es de ver florecido en primavera, “una casa grande, toda de piedra, con aroma de mosto en el zaguán, galgo en la solana y palomas en el alero”², nace el 28 de octubre de 1866, un niño al que se bautizará con los nombres de Ramón José Simón, y que por el apellido de sus padres, Don Ramón Valle Bermúdez y Doña Dolores Peña Montenegro, debería nombrarse a secas Ramón Valle Peña, aunque luego se proclame en el universo literario Don Ramón María del Valle-Inclán. El genial escritor, artífice del estilo hasta en los mínimos pormenores, tenía que dar mayor eufonía a su propio nombre, que así resultaba un compuesto de cuatro anfíbracos latinos, y, para lograrlo, se añade un nombre de pila que no posee, interpola un partícula nobiliaria y varía su segundo apellido por otro más sonoro de uno de sus ascendientes.

El lugar de su nacimiento andaba envuelto en un cierto misterio, porque se creía –e incluso él mismo fantaseaba sobre ello– que había nacido en medio y medio de la mar, cuando su madre la atravesaba en una barca de vela, al volver de la Puebla del Caramiñal. Más poético resultaría sin duda que Valle-Inclán fuese un naonato –aunque el vocablo no suene demasiado bien–, que hubiese nacido en las ondas de la ría de Arosa, pero la verdad es que nace en tierra firme, como la mayoría de los mortales, y en Villanueva, varios días después de regresar su madre de tal viaje marítimo.

En esta villa marinera –donde también ha de nacer Julio Camba dieciséis años más tarde–, transcurre la infancia y adolescencia de Valle-Inclán, asimismo legendarias. La familia se traslada a una casa de la plazoleta de San Mauro, y la calle que va desde esta casa en esquina hasta la plaza de la Pastoriza, lleva hoy el nombre del escritor.*

El parto deja extremadamente débil a su madre y ha de recurrirse para que críe al niño a una campesina llamada Micaela, por sobrenombre la Galanucha, que sigue luego al servicio de la familia. En las casas solariegas de las villas y ciudades gallegas, en los pazos esparcidos por su paisaje, la simbiosis de lo rural, representado por la clientela aldeana, y el señorío, es permanente y así con esta vieja criada penetra en el ambiente hidalgo en que viven los Valle toda el alma campestre de Galicia, con sus supersticiones tenebrosas y sus fantasías alucinantes, transidas de poesía y angustia. Estos mitos rurales, transmitidos por los ancianos, acaso desde el mundo céltico, van a subyugar por vida la imaginación ávida del niño, que los oye arrobado. Valle-Inclán los idealizará muchos años después en el preámbulo de su

² Descripción con que se inicia *El embrujado*, de Valle-Inclán.

* El autor se refiere a la casa de Cantillo, que recibe este nombre de su propietario en el siglo XVIII, don Joseph de Cantillo.

Jardín Umbrío, falseando la cronología: “tenía mi abuela una doncella muy vieja que se llamaba Micaela la Galana. Murió siendo yo todavía niño. Recuerdo que pasaba las horas hilando en el hueco de una ventana y que sabía muchas historias de santos, de almas en pena, de duendes y de ladrones. Ahora yo cuento las que ella me contaba, mientras sus dedos arrugados daban vueltas al huso. Aquellas historias de un misterio candoroso y trágico, me asustaron de noche los años de mi infancia y por eso no las he olvidado. De tiempo en tiempo todavía se levantan en mi memoria, y como si un viento silencioso y frío pasase sobre ella, tienen el largo murmullo de las hojas secas”.

Esta temática de asombros, terrores y casos insólitos, enraizada en su espíritu desde niño, y que, todavía en la infancia, de nuevo escuchará absorto de labios de una aldeana ciega, –como veremos–, va a influir decisivamente en la primera fase literaria de Valle-Inclán, que suele tener como fondo el ambiente gallego –salvo ciertas evasiones a México, Italia o Navarra– y de igual manera moldeará su propia expresión al injertar en ella sabiamente retorneados y con gustosa e insistente complacencia, vocablos y decires del viejo romance gallego, con el que pensaba al labrar su obra castellana y aún escribía alguna vez, con primor, como lo hace en el colofón que pone a sus poemas de *Aromas de leyenda*.

Más tarde, la transición al nuevo estilo, desgarrado, sarcástico, de los esperpentos –del que ya se hallan muestras aisladas en sus obras anteriores– tanto como un influjo de la visión deformada que le ofrecen los espejos cóncavos del Callejón del Gato en Madrid, ha de considerarse como un fruto de su madurez desengañada y escéptica.

Los Valle son de antiguo gente de letras. Un Francisco del Valle-Inclán, nacido en Pontevedra³, tal vez un ascendiente lejano de don Ramón, tío bisabuelo quizá, clérigo de órdenes menores que vivió en Compostela durante la segunda mitad del siglo XVIII, fue un famoso escriturario y el primer director de la Biblioteca de la Universidad. Poseía un carácter resuelto y original, como lo demuestra el haberse amputado el dedo gordo de uno de sus pies para corregir una visible deformación. Fundador del primer periódico de Galicia, “El Catón Compostelano”⁴, dividido en 20 fascículos, a la manera de las revistas de la época, contenía en cada uno un discurso exento sobre las materias más diversas, arremete en el quinto contra los eclesiásticos que se rapaban la barba, cosa que consideraba signo de afeminamiento, y dedica el sexto a un tema bien diferente: la posibilidad de construir una máquina que volase.

Las restantes se ocupan de temas varios y curiosos, como son el origen de las lenguas románicas, los vicios de la época, las costumbres, la utilidad del lujo, etc. Tal diversidad de asuntos y la erudición con que los desarrolla convierten a este abate compostelano en un padre Feijoo de menores proporciones.

³ Nace, en realidad, en San Martiño de Sobrán y muere en el pazo de A Rúa Nova, parroquia de Andrá, actual municipio de Vilanova de Arousa (N. del E.)

⁴ Vid. Carré Aldao, E., *El primer periódico gallego, El Catón compostelano*, en “Boletín de la Real Academia Gallega”, La Coruña, 1916, XI, 107-111.

Pero en Valle-Inclán debió surgir la vocación de las letras por influjo más directo, estimulado sin duda por la personalidad de su propio padre, Don Ramón Valle Bermúdez, periodista, poeta, investigador histórico. Había sido marino en su juventud, funda el primer periódico de Villagarcía, para terminar como secretario del Gobierno Civil de Pontevedra. Ya en su madurez, a los 52 años, logra el primer premio, un ramo de violetas de oro, en los Juegos Florales de Santiago celebrados en 1875, por su poesía titulada *A la ría de Arosa* –admirada día a día–, mientras que una joven poetisa, Emilia Pardo Bazán, que iniciaba entonces sus ambiciones literarias, ha de contentarse con el accésit que se le concede, aunque un año más tarde gane en Orense la rosa de oro por su *Oda a Feijoo*.

Otro aspecto de la inquietud intelectual de Don Ramón Valle Bermúdez es su afición a los estudios históricos que le vale ser nombrado correspondiente de la Academia de la Historia. Manuel Murguía, el entusiasta historiador de Galicia, que fue su excelente amigo, le recordará, con emoción contenida, en el prólogo que escribe para la primera obra de su hijo. A través de él y en la nota a pie de página de una de sus obras vamos a conocer un episodio curioso de la “terrible” infancia de Valle-Inclán, del que hasta ahora nada se dijo. Próximo a Villagarcía, camino de Cambados, se descubrió un yacimiento prehistórico, en el que aparecieron innumerables conchas –un Kjoekkenmoedding, en la nomenclatura científica–, huesos de grandes paquidermos, restos de cerámica y un cráneo humano. Refiriéndose al hallazgo, dice Murguía en su obra *Galicia*⁵: “exploró este yacimiento con la brevedad y apresuramiento que permitían las circunstancias, nuestro amigo el señor Don Ramón Valle, quien tuvo la pena de no poder salvarle de una completa destrucción a pesar de haber dado el alerta en su periódico *La Voz de Arosa*. Descubrióse por casualidad y con motivo de la construcción del nuevo muelle de Villagarcía, pues buscando tierra para el relleno se acometió el desmonte del terreno que encerraba estos restos de nuestras primitivas antigüedades. La rapidez que en sus trabajos pone la codicia propia de la moderna industria, las ocupaciones que cercaban a nuestro amigo, y el vivir lejos de aquellos lugares⁶, no le dieron tiempo para más que salvar, como más curioso, el cráneo a que hacemos referencia. Amante del país, el Sr. Valle que siempre nos profesó gran cariño, trató de conservarle para nosotros; mas habiéndole guardado en un cajón, fue víctima de los juegos infantiles de los hijos de nuestro amigo”.

¿Cuántos y quiénes eran los hijos de este don Ramón Valle, que descubren el cráneo celosamente guardado? Que sepamos, Carlos y Ramón, muy emparejados en edad, y un tercero, Francisco –Farruco, para su familia–, de muchos menos años. Por más que se tratase de chicos de temperamento original, sería absurdo que tal reliquia prehistórica les produjese temor alguno ni tampoco que se pusieran a meditar ante ella como Hamlet, cosa impropia de su edad, y, en cambio, resultaba natural que jugasen a la pelota con el famoso cráneo. Quizá los distingui-

⁵ Murguía, M. *España. Sus monumentos y arte, su naturaleza e historia. Galicia*. Barcelona, Corteza y Compañía, 1888, pág. 32 n.

⁶ Vivía en Villanueva de Arosa, a siete kilómetros de distancia, y un poco menos de acortar por atajos.

dos *sportmen* de Villagarcía, –ciudad tan influida por las modas y modos de Inglaterra, hasta el punto de que los elegantes mandaban a planchar sus cuellos duros a Londres–, hubiesen comenzado ya a practicar el deporte del *foot-ball*, y, en consecuencia, nada más lógico que unos niños de un pueblecito próximo trataran de imitarles, utilizando, a falta de balón, una calavera paleolítica, que al rodar sonaría –como aquella de *El Miedo*, el famoso cuento– “con hueco y liviano son”.

Estos dos hermanos Valle-Inclán, Carlos y Ramón, coinciden en algunos aspectos de su juventud, pero pronto difiere la trayectoria de sus vidas. Carlos comienza siendo poeta, periodista, y publica su único libro conocido, *Escenas gallegas* –firmado en su portada por “C. Valle-Inclán” y en sus páginas interiores por “C. Valle”, simplemente–, el año 1894 en Pontevedra⁷, si bien la serie había sido ya presentada a un certamen literario celebrado en la misma ciudad el año 1891 y acaso publicada con anterioridad en algún periódico local.

El 2 de marzo de 1893, su hermano Ramón, escribe al historiador Murguía –“Mi siempre querido amigo y respetable maestro”– desde Veracruz que él denominará con su nombre antiguo, más sonoro, de “Villa Rica de la Veracruz”, (que volverá a emplear en Sonata de Estío) y en papel timbrado con el membrete La Crónica Mercantil. Veracruz. Apartado número 19. Administración, “en demanda de unas cuantas líneas (sic) que poner al frente de mi primer libro”⁸, al que todavía no da título.

Aunque en la misma carta le dice a Murguía: “Mi hermano entregará a usted los originales, y dará más explicaciones (sic) si, como espero, se digna usted atender a mi demanda”, el libro no debía estar totalmente ultimado al escribir esta carta, ya que algunas de las narraciones que lo componen llevan fechas posteriores a ella, como *La niña Chole* (fecha en “París, abril de 1893”), *Tula Varona* (en “Pontevedra, septiembre de 1893”) o *Rosarito* (en “Villanueva de Arosa, abril de 1894”).

Logrado el prólogo y ampliado el número de los relatos, un año después de *Escenas gallegas* de Carlos Valle-Inclán, se publica en 1895, en la misma ciudad de Pontevedra, el primer libro de su hermano Ramón, titulado *Femeninas*. La edición⁹, está compuesta con gran dignidad tipográfica, si se compara con el libro de Carlos, de impresión modesta e ingenua. El contenido supone, asimismo, un grado de madurez creadora y expresiva muy superior, casi el fruto tardío de un escritor –entonces cuenta 29 años–, que desde mucho antes ha afilado sus garras en numerosos ensayos. Están por estudiar las primeras tentativas literarias de

⁷ C. Valle-Inclán. *Escenas Gallegas*. Tomo I. Pontevedra, tip. de José Eiras García, Michelena 8. Pontevedra, 1894, 12.º, 134 págs. lleva una breve “Advertencia” preliminar en la que se dice que la obra, “dada a la publicidad sin ningún género de pretensiones y sólo para satisfacer un capricho del autor, el de tener coleccionados y en buena letra la serie de artículos que forman el tomo”, obtuvo en el Certamen Literario (de Pontevedra), celebrado en agosto de 1891, el premio ofrecido por don Eduardo Vincenti, a quien la dedica. Aunque se anuncia como primer tomo, no tenemos noticias de que se haya publicado ninguno más.

⁸ Vid. Naya Pérez, Juan. *Valle-Inclán y Murguía. El prólogo de “Femeninas”*, en “Boletín de la Real Academia Gallega”, La Coruña 1959 XXIX, págs. 50-56. donde se reproduce la carta en facsímil.

⁹ Ramón del Valle-Inclán. *Femeninas (Seis historias amorosas)*. Andrés Landín, Editor. Pontevedra, Imprenta y comercio de A. Landín, 1895, en 8.º menor, XXII, 226 págs.

Valle-Inclán, así como las refundiciones a que sometió sus trabajos iniciales, que debieron ser numerosas, en la búsqueda de su propia personalidad, y que hoy poseen un valor inapreciable para estudiar la evolución de su peculiar estilística¹⁰.

Hemos insistido en el recuerdo de Carlos de Valle-Inclán y de sus *Escenas gallegas* –que tal vez hayamos sido nosotros los primeros en exhumar en nuestros Costumbristas españoles–¹¹ porque su lectura resulta por demás curiosa, si se tienen en cuenta ciertas coincidencias temperamentales entre ellas y los libros de ambiente gallego que más tarde escribirá Don Ramón, en cuanto a la temática, al ambiente y al estilo: almas en pena, meigas y trasgos, tipos pintorescos, Santiago de Compostela como fondo, utilización frecuente de palabras gallegas, aunque en cursiva, que el autor considera más expresivas. Su limitación a breves escenas costumbristas en Don Carlos, se amplía en una orquestación sinfónica de vastas ambientaciones en las obras de su hermano menor, que pone una capacidad de fabulación infinitamente mayor y domina además la expresión artificiosa y musical. Sirvan para un posible paralelo –guardando las desiguales proporciones– *La tertulia*, de Carlos y *Una tertulia de antaño*, de don Ramón.

Pero, si cabe una posible coincidencia inicial, ambas vidas van a tomar rumbos distintos, porque Carlos deriva a las Leyes –termina como notario en Cangas del Morrazo, frente a Vigo–, y renuncia definitivamente a las Letras, mientras que don Ramón va a consagrarse por entero a ellas, en una apasionada y absorbente entrega a la creación literaria. “Solamente me guió el amor a las musas”, podrá declarar en *La lámpara maravillosa*.

De la infancia de Valle-Inclán conocemos también otros datos ciertos, a los que hay que añadir algunos inverosímiles, posiblemente fantaseados por él mismo, en una deliciosa mezcla de ensueño y realidad.

Por más que Valle-Inclán cele veladamente, con discreta reserva, los recuerdos de su propia vida –que a lo sumo incorpora en alguno de los personajes, por ejemplo, el Marqués de Bradomín–, hay un libro suyo, precisamente *La lámpara maravillosa*, donde por veces alude con nostalgia a sus sueños infantiles.

Recuerda en este libro, entre otras intimidades, un amor ingenuo e ideal que torturó e ilusionó su infancia. “Yo conocí a una santa siendo niño, y nunca me fue acordada mayor ventura”. Se enamora de su madrina, a la que una tarde contempla sentada “al final del camino de cipreses en la escalinata de piedra... Leía bajo un vuelo de palomas, con el libro devoto abierto en la falda”. Merece la pena

¹⁰ Por ejemplo, su primer libro, *Femeninas*, viene a ser el núcleo germinal de varios de sus libros posteriores. Tal es el caso de *La niña Chole* –que a su vez procedía del artículo *Bajo los trópicos*, publicado en “El Universal”, de México, el 16 de junio de 1892, incluido por Willian L. Fichter en su edición de las *Publicaciones periódicas de don Ramón del Valle-Inclán, anteriores a 1892*, Colegio de México, 1952, pág. 168–, que en *Femeninas* aparece fechada en París, abril de 1893; que luego incorpora a *Historias perversas* (Barcelona, Maucci, 1907) y en definitiva versión ampliada convierte tres años más tarde en *Sonata de estío* (1903). Otras se incorporan a distintas obras, como *La condesa de Cela* o *La generala*, que pasan a formar parte de *Corte de Amor* o *Rosarito*, que incluye luego en *Jardín Umbrío*.

¹¹ Madrid, Aguilar, 1950, tomo II, págs. 872-876.

transcribir las palabras con que Valle-Inclán refleja la hondísima impresión que le produce este encuentro en una página admirable, de rítmica y ondulante prosa, que vale por unos cuantos sonetos de la Vita nuova o del Petrarca: “Aún recuerdo como me sentí penetrado de la gracia de su mirar ideal y cándido. Aún evoco, y revivo en mí la emoción sagrada. Otras muchas veces había visto a mi madrina en igual actitud, al término del camino de cipreses que se juntaban en una sucesión de pórticos, y solamente en aquella tarde de leyenda piadosa gusté tan inefable alegría al contemplarla. Bajo la sombra de los viejos cipreses, mi alma de niño enlazaba la emoción estética y la emoción mística, como se enlazan en la gracia de la rosa color y fragancia. Acaso fue aquella mi primera intuición literaria”. Y todavía insistirá: “La tarde azul en el huerto de rosales fue el momento de una iniciación donde todas las cosas me dijeron su eternidad mística y bella. Yo guardé aquel secreto de emociones con el recelo del niño que advierte cómo no puede ser entendido el misterio de su alma y teme profanarlo. Así callando, celando un día y otro, el secreto infantil y cándido se convirtió en un anhelo doloroso que llenó de angustia mi infancia, que hizo gemir como un arco mi adolescencia, que ahora en la vejez me salva y me vuelve a Dios. A los nueve años me enamoré de mi madrina... Contemplando a mi madrina durante horas enteras, yo experimentaba una sola emoción inefable y sutil que ascendía por luminosa escala a divinas esencias: Tránsito, Arrobo, Delirio, Éxtasis”.¹²

Un nuevo episodio de su etopeya infantil debe ser recordado. Niño de precoces intuiciones, Valle-Inclán nos cuenta que en sus años juveniles vio corporizado al Diablo, no como fantástico endriago –tal como suelen imaginarlo las gentes galaicas–, sino en forma humanísima y vulgar: “Otro día logré concretar la forma de mi Daemonium. Ya lo había entrevisto cuando niño, bajo los nogales de un campo de romería. Es un aldeano menudo, alegre y viejo, que parece modelado con la precisión realista de un bronce romano, de un pequeño Dionisos”.¹³

De sus estudios iniciales sabemos también algunas cosas: Que su maestro de primeras letras en Villanueva de Arosa, fue don José Soto Campos y su primer pasante de Latín, don Rafael Torrón, cura de Villajuán, aldea próxima ya a Villagarcía, que aún yendo y viniendo por caminos travesíos, si bordeaba la playa de las Sinas, entre pinares, quedaba casi a cinco kilómetros de su casa, hasta donde iba a pie varios días por semana el joven estudiante, como también iría andando a Villagarcía, más distante, en compañía de su padre, que allí dirigía y confeccionaba el periódico local.

Aquellas andanzas por caminos y senderos, montes y playas, en contacto con el mundo rural, iban a impregnar indeleblemente el alma de un niño extraño y excepcional de sorpresas y admiraciones, de cosas nunca vistas y oídas. Lo declarará más tarde: “¡Cuántas veces, al encontrarme bajo las sombras de un camino al viñador, al mendigo peregrinante, al pastor infantil que vive en el monte guar-

¹² *La lámpara maravillosa*. “El quietismo estético”, VII.

¹³ *Ibid.* “El anillo de Gíges”, I.

dando ovejas y contando estrellas me dijeron sus almas, con los labios mudos, cosas más profundas que las sentencias de los infolios!”¹⁴

Estas caminatas a Villajuán, y aun la penosa obligación de aprender latines, aparecerán más tarde trasmutadas en literatura en el cuento “Nochebuena”: “Yo estudiaba entonces gramática latina con el señor Arcipreste de Céltigos, y vivía castigado en la rectoral. Aún me veo en el hueco de una ventana, lloroso y suspirante. Mis lágrimas caían silenciosas sobre la gramática de Nebrija, abierta encima del alféizar. Era el día de Nochebuena, y el señor Arcipreste habíame condenado a no cenar hasta que supiese aquella terrible conjugación: Fero, fers, tuli, latum”. Pero los recuerdos de aquella época son insistentes, y volverán a su memoria años después: “Aún recuerdo la angustia de mi vida en aquel tiempo, cuando estudiaba latín bajo la férula de un clérigo aldeano. Todos los sucesos de entonces se me aparecen en luz de anochecer y en un vaho de llovizna. Nos reuníamos en la cocina: el ama, con el gato en la falda, asaba castañas; el clérigo leía su breviario, yo suspiraba sobre mi Nebrija”.¹⁵

De pronto, penetra en esta estampa rural, un elemento nuevo, el misterio, representado por una ciega campesina, que va a renovar en la imaginación del pobre niño estudiante de humanidades todos los mitos ancestrales que había escuchado a Micaela la Galana: “Aquella ciega de aldea cuando contaba sus historias parecía estar mirándolas en el fondo de su alma; algunas tenían el terror trágico de los poemas primitivos, sobre otros pasaba el vuelo inocente de los ángeles. El alma de la ciega era como un caracol marino lleno de resonancia, oía las voces de cien generaciones, estaba llena del rumor de los maizales, y los cuentos que contaba parecían nacidos a lo largo de las veredas bajo el influjo de la luna”.

Tantas idas y venidas a través de un paisaje hermosísimo, y sus correrías infantiles por el valle del Salnés y los montes que lo acosan, van a dejar en Valle-Inclán una impronta imborrable, que llevará siempre dentro de sí mismo y que recordará reiteradas veces. Lo hará en verso, en *El pasajero*:

¡Alma que encantada
fuiste en la alborada
por entre la mies,
doliente alma mía,
vuelve en romería
tierras del Salnés!

O bien en prosa emocionada: “Atajábamos la tierra del Salnés, donde otro tiempo estuvo la casa da mis abuelos, y donde crecí desde zagal a mozo endrino... Pero nada me llenó de gozo como el ondular de los caminos a través de los herbales y las tierras labradas. Reconocía las encrucijadas abiertas en medio del campo,

¹⁴ *Ibid.* II.

¹⁵ *La lámpara maravillosa*. “El quietismo estético”, IX, obra muy posterior a *Jardín umbrío*, en el que se halla el cuento “Nochebuena”, publicado a comienzos de siglo.

los vados de los arroyos, las sombras de los cercados. Aquel aprendizaje de las veredas diluidas por mis pasos en tantos años, se me revelaba en una cifra, consumado en el regazo de los valles, cristalinos por el sol, intenso por la altura, sagrado como un número pitagórico”.¹⁶

Su identificación con el paisaje de su infancia es entrañable, en una transustanciación total: “Con una alegría coordinada y profunda me sentí enlazado con la sombra del árbol, con el vuelo del pájaro, con la peña del monte. La tierra del Salnés estaba toda en mi conciencia por la gracia de la visión gozosa y teologal. Quedé cautivo, sellados los ojos por el sello de aquel valle hondísimo, quieto y verde, con llovizna y sol, que resumía en una comprensión cíclica todo mi conocimiento cronológico de la tierra del Salnés”.¹⁷

La atracción telúrica que en él ejerce la tierra nativa, aparece registrada con gran fuerza en una de las últimas páginas de *La lámpara maravillosa*. Comienza por describir el escenario en que se halla: “Era en los últimos días de la invernada, una tarde azul ya llena de pájaros. Yo había llegado paseando hasta un campillo verde con oliveras y cipreses, que hacen arroteo a la iglesia de Lugar de Condes. Aromaba el hinojo, aromaba todo el campillo cubierto de flores menudas, llenas de gracia franciscana”. Desde el antuzano en que se halla, se divisa a lo lejos la mar rizada, y en el silencio del paisaje suena de tiempo en tiempo el doblar de una campana. Valle-Inclán siente una honda emotividad ascética. “De pronto, al rasgarse el sésamo de los recuerdo infantiles, apareció aquel campillo verde con los pájaros revolando en torno de la iglesia, y las flores inocentes de la manzanilla. Me conmovió un gran sollozo, un eco a través de toda mi vida, un eco que se aleja, que se pierde, que no vuelve más...”. Se siente invadido de un amor infinito hacia las más opuestas cosas, para terminar sintiéndose él mismo parte integrante de la tierra fecunda, nacido de ella: “Yo gozaba la belleza del mundo penetrado de un sentimiento genesíaco, me sentía nacido de la tierra como las flores del campillo verde”.

Esta pasión por el paisaje maternal, que se inicia en Valle-Inclán desde la niñez, va a ser decisiva en gran parte de su obra, de tal modo que acaso ningún escritor de la veiramar pontevedresa –ni aun del resto de las costas galaicas– haya logrado captarlo, describirlo con tal delicadeza y plasticidad, con tan original evidencia, ya sea en los incisos de sus novelas, en las acotaciones de sus obras dramáticas o en sus propios versos. Son observaciones sutiles, impresionistas, suficientes para determinar el fondo en que se mueven los personajes esenciales, como si quisiera evitar a todo trance las abusivas descripciones de los escritores realistas, pongamos por caso, la Pardo Bazán. Valle-Inclán enuncia, y es bastante. Sugiere el paisaje, el ambiente, los fenómenos atmosféricos o la fisonomía, la traza, el atuendo de los figuras del coro, cuanto sirva de apoyatura a la acción o al relato, todo limitado a un rasgo expresivo, a breves líneas, en síntesis perfectísima, lograda precisamente por esa identificación entrañable con la tierra natal. Le impor-

¹⁶ *Ibid.* “El anillo de Giges”, II

¹⁷ *Ibid.*

ta más la interpretación de sus propios sentimientos y su proyección en los seres y las cosas: “Pero antes del empeño febril por alcanzar la expresión evocadora, ha sido el empeño por fijar dentro de mí lo impreciso de las sensaciones”.¹⁸ Tal confesión estética sirve para explicar el peculiar paisaje galaico de su obra, como resultado de una delicada conjunción de evocación y sensación, apoyadas en una realidad idealizada adrede, transfigurada, interpretada a través de su propio temperamento.

Como episodios de pura imaginación deben considerarse otras noticias que tenemos de su infancia. Aunque supongamos en el joven Valle-Inclán una pasión heroica por la vida combativa, como él mismo declara: “De niño, y aun mozo, la historia de los capitanes aventureros, violenta y fiera, me había dado una emoción más honda que la lunaria tristeza de los poetas”¹⁹, y que en *El pasajero* alardee de decir:

En mi ardor juvenil no cupo el miedo

no parece verosímil lo que nos cuenta Ramón Gómez de la Serna: “De su niñez... le queda la heroicidad de haber matado un lobo que se comía los recentales, y de cuya muerte no sintió remordimiento, porque cuando lo arrastraba vio que estaba manchado por la sangre de su crueldad contra las crías del rebaño”²⁰

En efecto, Valle-Inclán hubiera querido poder magnificar su niñez con tal hecho heroico y declamar como el pastor Oliveros, su personaje de *Voces de Gesta*:

¡Es el lobo! ¡Es el lobo acosado
por los mastines del ganado!
¡Le salté los ojos con dos tiros de piedra, certeros!,

pero no hay noticia válida sobre tal valentía. Ni tampoco aparece documentada como auténtica la pregunta que le dirige Zorrilla un día que visita su colegio: “¿También eres poeta?” que Valle-Inclán comentará años después: “Sentí la frase como una verdadera consagración. ¿Poeta? Sí, yo había visto en el fondo de las cosas la distinción de la tristeza, había dialogado con la Luna...”²¹

¡Terrible infancia la de Valle-Inclán! Nos imaginamos a un niño feúcho, de nariz aguileña, la color quebrada y cetrina, –de mayor, “mozo endrino”, como él se dice–, de grandes ojos tristes, que todo lo miran con asombro y avidez, un niño soñador y pensativo, que, predestinado a ser escritor genial, reacciona de modo extraño, con rara originalidad e imaginación vehemente, que juega a la pelota con una calavera –cosa tan temerosa–, que se enamora de su madrina a los nueve años, que entrevé al demonio en una romería aldeana, que hace cada día larga caminata

¹⁸ *Ibid.* “El anillo de Giges”, I.

¹⁹ *Ibid.*

²⁰ *Biografías completas. Don Ramón del Valle-Inclán.* Madrid, Aguilar, 1959, pág. 990

²¹ *Ibid.*, pág. 992.

a través de bosques y senderos para acudir a su pasantía de latín, que escucha enajenado los mitos ancestrales de boca de Micaela La Galana o de una ciega campesina, que corre mil veces las tierras sorprendentes de su valle nativo, que dice haber dado muerte a un lobo cerval, que, como consecuencia de ese mixtiferi de fantasmagorías y realidades, un buen día rompe a cantar, a escribir palabras, palabras y más palabras que le brotan de la fantasía...



CONCELLO DE
VILANOVA DE AROUSA



O noso compromiso

Unha provincia para o século **XXI**



estradas

instalacións

deportes

natureza

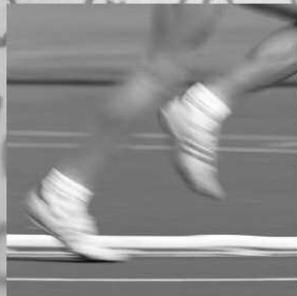


educación

servicios

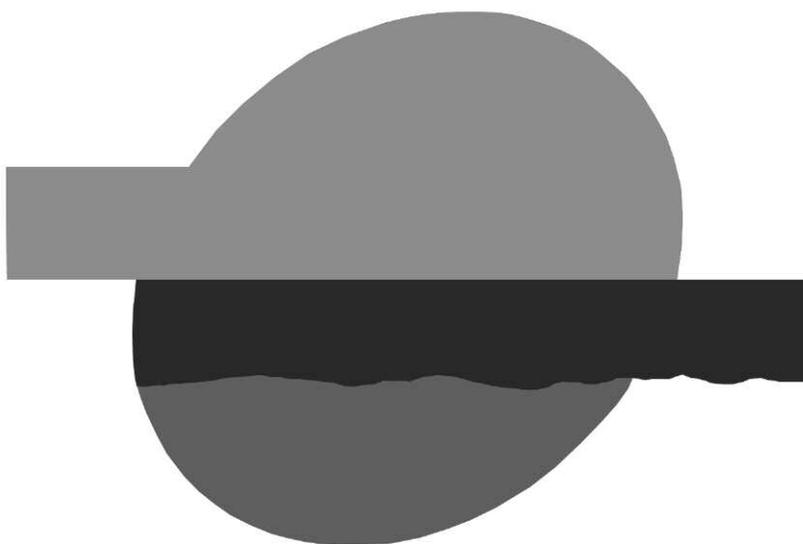
tecnoloxía

cultura



DEPUTACION DA
CORUÑA

REPSOL
YPF



Amigos
Valle de Arousa

Vilanova de Arousa

CUADRANTE

Revista de Estudos Valleinclanianos e Históricos